



Gema Cienfuegos Antelo y Javier Huerta Calvo,  
*El caballero de Olmedo. Versos y versiones.*  
 Olmedo: Universidad de Valladolid-Ayuntamiento de Olmedo 2013.



*El caballero de Olmedo. Versos y versiones* es un homenaje a las puestas en escena de la tragicomedia por excelencia de nuestro teatro áureo: *El caballero de Olmedo* de Lope de Vega. Javier Huerta Calvo y Gema Cienfuegos Antelo, autores de este estudio, nos llevan de la mano en un itinerario de seis capítulos que ofrece un repaso de su historia escénica, deteniéndose en aquellos trabajos que les han parecido más significativos por una u otra razón.

Lo primero que llama la atención es el desierto de teatro clásico que hubo en la escena española durante el siglo XIX y comienzos del XX. En lo que se refiere a *El caballero de Olmedo*, no hay, asimismo, constancia de ninguna representación hasta bien entrado el segundo cuarto del siglo pasado. Fue, finalmente, Lorca, con su famosa y fructífera compañía La Barraca, quien tuvo “el mérito de recuperarla ya para siempre en los escenarios”.

En el arranque de este camino escénico, nos encontramos con la primera representación que se llevó a cabo en la época contemporánea. Fue a cargo de la compañía privada de Pepita Meliá y Benito Cibrián, quienes llevaron al escenario una refundición de Julio Hoyos en 1934. Esta versión hemos de entenderla dentro de su tiempo, un “tiempo de debate y crisis”, pero no es más, en realidad, que una mala reescritura de los magistrales versos de Lope. Ahora bien, tuvo la importancia de rescatar este texto lopesco dentro del gran vacío en que se encontraba el teatro áureo en escena y el mérito de canonizarlo en las tablas.

La Barraca (dirigida por Eduardo Ugarte y Lorca) protagoniza el segundo estadio de este recorrido “caballeresco”. La versión de Hoyos motivó y convenció a Lorca para trabajar en la que, en palabras de su hermano Francisco, era “entre todas las de Lope, la obra predilecta de

Federico". La Barraca representó trece títulos de obras clásicas en cuatro años, entre las que encontramos piezas del siglo XVI y obras del XVII. *El caballero de Olmedo* fue la que hizo el número 13 del repertorio y, fatídicamente, la última de todas ellas, ya que, como sabemos, Lorca moriría en 1936, asesinado, como el don Alonso de Olmedo.

Su versión es muy fiel al original, que trata con un "profundo respeto" y del cual solo "oculta" aquello que queda lejos de la sensibilidad contemporánea. Lorca no refunde, sino que "corta" y "engarza". Cabe destacar, en cambio, la eliminación de las escenas posteriores a la muerte del caballero porque después de esto, afirma el director, "todo ha terminado". Suprime, por tanto, esta concesión que Lope da a su público (el rey ejerce su justicia condenando a los culpables), rompiendo con el "obligado" restablecimiento del orden barroco. Ante este cambio lorquiano, el lector puede plantearse si su motivación es de carácter meramente dramático o si han pesado también razones políticas: ¿habría cabida en la republicana España de los años 30 para una figura estereotipada, la del rey como símbolo de justicia? Sea como fuere, es un final que, aunque difiera del lopesco, ha mantenido su éxito hasta nuestros días. Así, montajes tan recientes como el *Caballero* de "Secuencia 3", versionado por Eduardo Galán y dirigido por Mariano de Paco, terminan con ese trágico momento.

Destacan, asimismo, los decorados con que se hizo el montaje, que eran de José Caballero, decorados sencillos y estilizados de los cuales se conservan varios, que son descritos con detalle y se adjuntan en esta parte del libro para recreo del lector.

Fue el *Caballero*, pues, un texto muy admirado por Lorca y que impregnó enormemente su obra tanto poética como teatral. Además, proyectó en ella sus vivencias personales, entre las que destaca la muerte de su gran amigo y famoso torero Ignacio Sánchez Mejías, a quien dedica el conocido *Llanto*, claramente influido –como bien se demuestra en el estudio aquí reseñado– por este texto lopesco. Lorca crea un paralelismo entre este personaje y don Alonso, víctimas, uno y otro, de una dramática y anunciada muerte.

En la siguiente parada del trayecto se nos presenta la situación teatral de posguerra, en la que se siguió apostando por el teatro, y, concretamente, por el teatro clásico. Entre los que intentaron hacerse un sitio entre bambalinas, destaca Modesto Higuera, discípulo de Lorca y primer actor de La Barraca. Fue nombrado, en 1941, director del

Teatro Español Universitario (TEU), donde propuso como primeros títulos una serie de clásicos. En 1953, recién nombrado director del Teatro Español, dirigió un *Caballero* en él, siguiendo a otros que ya lo habían hecho al mando del TEU en años anteriores e inaugurando, así, su nueva etapa artística.

Viajamos a Francia en el cuarto tramo de esta breve historia para presenciar “el *Caballero* que se hizo Chevalier” con Albert Camus, quien fue, sin duda, uno de los grandes amantes de nuestro teatro áureo. Dirigió el *Caballero* en junio de 1957 en el Festival de Angers, poco antes de recibir el Nobel. Eligió la tragicomedia lopesca, afirma él mismo, por “el heroísmo, la ternura, la belleza, el honor, el misterio y lo fantástico que engrandecen el destino humano, en una palabra, la pasión de vivir”. Del montaje no se conservan documentos gráficos, pero sí algunos testimonios indirectos (como por ejemplo, el de Jean Bloch-Michel, amigo de Camus, proporcionado por Cienfuegos y Huerta).

Estamos ante una traducción del texto lopiano, pero una traducción que, aunque en prosa, es tratada con cuidado y respeto, a fin de mantener la gran carga poética que los versos del Fénix tienen. Camus la presentó como una “comédie dramatique”, reestructurada en cuadros y escenas, como podemos observar en las muestras que los autores del estudio nos ofrecen.

Llegando casi al final del trayecto, ya en los años 80, asistimos a la creación de una de las compañías más relevantes de nuestro país: la Compañía Nacional de Teatro Clásico (CNTC), que se hizo esperar más de medio siglo desde la anhelada recuperación del *Caballero*.

El primer *Caballero* que se llevó a escena desde la Nacional, número 10 del repertorio de la compañía, fue bajo la dirección del recientemente desaparecido Miguel Narros, en 1990, y versión de Francisco Rico. En el montaje se dio una gran importancia a la iluminación, a cargo de Josep Solbes. En cuanto a las críticas que recibió, no fueron, en general, muy positivas; se criticó que fuera “más narresco que lopesco”, aunque, en lo referente al texto, fue el más fiel que se ha llevado a cabo.

En este mismo capítulo se tratan otros montajes, como el que hizo José Estruch en 1987 al frente de la Compañía Nacional de Uruguay, o ciertas polémicas como el eterno debate en torno a la adaptación y modernización de los clásicos, e incluso se evidencia “un *Caballero* de ciencia ficción”, dirigido por José Pascual desde el Centro de Producción Teatral de Castilla y León para 2003-2004, en colaboración con la CNTC.

Como últimos *Caballeros*, llegados ya a la meta de nuestro presente, se destacan los de Amaya Curieses y *Teatro Corsario*, último montaje del fallecido Fernando Urdiales. Es el primero un espectáculo de calle en el que se hace un homenaje a La Barraca mediante un paralelismo entre Lorca y el don Alonso lopesco. El de Urdiales es un *Caballero* eminentemente trágico, estrenado en el IV Festival “Olmedo Clásico” en 2009, y que supondría, como decíamos, su despedida definitiva; versión de la que Héctor Urzáiz ha ofrecido un estudio detallado en el número 8 de esta misma colección.

Este viaje por la historia escénica del *Caballero* es acompañado, en aquellos casos en que ha sido posible o se ha estimado oportuno, por críticas periodísticas, versos refundidos, imágenes y bocetos de las representaciones. También se informa, de una forma más esquemática, de otras puestas en escena que se han llevado a cabo a lo largo del siglo XX, pero que no han sido objeto de un desarrollo más pormenorizado en el estudio presente. De ellas ya Luciano García Lorenzo había dado noticia en *Las puestas en escena de “El caballero de Olmedo”*, primer libro de la colección *Olmedo Clásico*, donde, a modo de catálogo, se hace un repaso exhaustivo de prácticamente todos los montajes modernos de *El caballero*. Son, sin duda, un ejemplo del empuje que tomó la tragicomedia tras la recuperación lorquiana. Por último, se adjunta un anexo en el que se proporcionan ciertos fragmentos de algunas de las versiones que se han tratado en el trabajo.

Es, en resumen, el de Cienfuegos y Huerta un estudio muy bien estructurado, ameno, riguroso, que capta y deleita al lector desde la primera hasta la última de sus líneas en un transcurrir de *versos y versiones*, donde el mejor Lope triunfa desde la joven mirada de Lorca hasta aquella sabia y postrera de Urdiales, pasando por otros tantos que eligieron la tragicomedia lopesca a lo largo de los años con el fin de acercar nuestros clásicos a cada presente y hacer disfrutar con ellos. Un itinerario, en suma, muy recomendable para el amante del teatro, para el apasionado del Siglo de Oro y para todos aquellos que admiramos al Fénix de los Ingenios, quien coronó con su pluma al eterno Caballero como *la gala de Medina y la flor de Olmedo*.

Esperanza Rivera Salmerón